
En el Centenario del nacimiento de Alfredo Gangotena

*Filoteo Samaniego**



-
- Embajador en servicio pasivo. Destacado poeta y ensayista, autor de numerosos estudios. Premio Eugenio Espejo de la cultura nacional.

Desde el tiempo de mi ya lejana estadía en París me dediqué, paciente y afectuosamente, a buscar papeles, a reunir datos sobre este poeta ecuatoriano, cuya vida se repartió entre Francia y el Ecuador. Mucho pude conseguir gracias a la gentileza de la familia Gangotena, a la del pintor Paul Bar, a los recuerdos que conservaban de él varios escritores, sus amigos, Jules Supervielle, Henri Michaux, P.L. Flouquet y otros.

El encuentro de la extraordinaria correspondencia de los más importantes escritores franceses con nuestro compatriota, permite ahora, y permitiré en el futuro, efectuar lo que, desde hace tiempo, se imponía: el estudio completo de la obra de Gangotena. Ante todo, unos breves datos biográficos indispensables para conocer su personalidad. Nace en abril de 1904. Muere 40 años después, en diciembre de 1944. Viaja a París en 1920. Permanece unos pocos meses en el Liceo Michelet y luego pasa al Duvignon de Lannou, en la calle Renoir, en donde se gradúa de Bachiller. Inicia su vida universitaria en la Escuela de Bellas Artes estudiando Arquitectura pero, por alguna razón que no acertamos a comprender, deja esa admirable profesión y entra en la no menos admirable Escuela de Puentes y Caminos. Obtiene el título de ingeniero. Es recibido en el concurso de la Escuela de Minas y asimismo se gradúa en esa materia. Re-

gresas al Ecuador en 1928, acompañado de Henri Michaux; el libro de este último, "Ecuador", dedicado a su compañero de viaje, no es bien recibido por los ecuatorianos de entonces, debido a su aspecto de humor un poco dudoso, aunque nadie puede negar que en él existen bellísimas páginas de una muy alta calidad. Una última vez, y sintiéndose enfermo y deprimido, sentimiento que lo acompaña constantemente, desde sus 26 años, viaja a Francia, como Secretario de Embajada. No permanece sino un año y retorna al Ecuador en 1937. Acepta la cátedra de Matemáticas en la Universidad Central; va como Secretario de Embajada a Chile, país en el que permanece un año, regresando en 1939 para preparar su muerte, ya que una enfermedad lo consume y otra lo va a matar. Muere en 1944.

Cronología bibliográfica

Ahora, algo sobre su cronología literaria. En mayo de 1924, la revista *Philosophies*, desde el número 2, publica sus primeros poemas. Y lo vuelve a hacer en septiembre y noviembre del mismo año y en marzo de 1925. Escriben en la citada revista Max Jacob, Jouhandeau, Barbusse, Éluard, Gabriel Marcel, André Spire, Proust, André Salmon, Morhange. Aparecen poemas de Gangotena en los números 2, 3, 4 5 y 6. Por su parte, *Intentions*, la revista de Pierre André May, publica sus poemas

en los números 26 y 27. Colaboran en ella Valéry Larbaud, Jouhandeau, Max Jacob, Giraudoux, Gómez de la Serna, Paul Morand, Supervielle y otros. También reciben a Gangotena: *Chroniques*, en la edición del Roseau d'Or junto con Bernanos, Chesterton, Julien Green, Maritain, Reverdy; *La ligne de Cœur*, editada por Julien Lanoé, donde escriben Cocteau, Sabon, Guilloux y Max Jacob; y en fin, *Les Cahiers du Sud*, la hermosa revista que André Gaillard publica en Marsella. Gallimard, la famosa NRF (Nouvelle Revue Française), publica su primer libro, "Orogénie", en 1928. Luego, en 1930, durante su visita al Ecuador, el autor edita "Absence", en Quito, en texto bilingüe, en las prensas de la Universidad Central. Su gran amigo P.L. Flouquet, presenta, en 1938, en sus *Cahiers des Poètes Catholiques*, *Nuit*, su último libro en francés, con una nueva edición de *Absence*. Le siguen "Tempestad Secreta", en hermosa edición, editada por los Talleres Gráficos de la Caja del Seguro de Quito. Quedan inéditos sus últimos poemas: «De lo remoto a lo escondido», «En estas nocturnas salas», «Agonías de un caribú» y «Perenne Luz».

¡Qué más se puede pedir a un autor! Es una obra cumplida, acabada! Desde los 19 años hasta su muerte, en 1944, va de triunfo en triunfo ante la admiración de todos, y de los grandes de la literatura francesa. Jean Cocteau, en 1925, en una carta a Max Jacob, le

afirma entusiasta: «Gangotena es, luego de Radiguet, la primera naturaleza que he encontrado». Y Max Jacob, en 1938, le confiesa: «Sépallo bien, querido Alfredo Gangotena, que usted no ha sido olvidado. Nuestros amigos hablan de usted a menudo y ayer precisamente conversaba con Tristán Tzara, quien sin embargo, nunca creo que se contó entre sus íntimos». «Su voz era como un mar de fondo, como una ola», me decía Jules Supervielle cuando tuve el honor de estar con él recordando cómo «Gangó», apodo familiar y afectuoso, llegó y dio sus primeros pasos en la vida literaria de París. Y Michaux me escribía, asimismo: «No existen acentos que me hayan emocionado como los suyos».

Testimonio elocuente de todo esto, es la correspondencia impresionante que se conserva y en la que se ve, no ya la carta de compromiso, sino la seguridad de admiración, la confianza casi familiar que ese niño de 20 años primero, y luego, ese joven privilegiado, inspiraba a sus amigos franceses. «Tiene usted genio», «sabe usted cuánto le admiro», «su Orogénie es una copa de cielo», «sin la amistad de poetas como usted respiro mal», le confesaba Cocteau. «No se leen sino sus versos», «creo que usted es aquello que tenemos de mejor entre los recién venidos», «reconozco en usted al verdadero poeta», «no sé cómo decirle la admiración que me produce su prodi-

giosa invención de imágenes» (Max Jacob). «Hombres del Ecuador, no nos olvidéis desde la parte más panzuda del Universo». «Es usted un gran poeta, de una originalidad impresionante. Sus poemas ¡qué porte, qué emoción! ¡Qué suerte para América del Sur!». «Poesía extraña y profunda a la que los años no hacen sino agudizar sus abismos y sus vértigos» (Supervielle). «No hay acentos que me hayan emocionado como los suyos. No llego a comprender cómo sus genialidades no convencen a los otros como me convencen a mí. Considéreme como la persona más conquistada por la dramática poesía de Alfredo Gangotena» (carta de H. Michaux a F. Samaniego).

Valéry Larbaud me escribe exactamente: «encuentro que las poesías de Gangotena están muy bien, perfectamente bien. Promete mucho: es y una realidad. Lo felicito por su adquisición. Fargue, asimismo, aprecia esos poemas. Cómo se entusiasma Supervielle cuando habla de usted y de su poesía» (P.A. May, director de Intensions). «Hay en su poesía tal deseo de sano poder y de virilidad, que es imposible no gustar de esa tónica». «A la Sombra de las Secuoyas» me hace pensar en esta expresión de Max Jacob: «Y fue la armonía de todo lo vegetal». «¡Al fin un poeta que no tiene temor de usar el sonido de trompetas, y que lo hace sin reeditar a Lautréamont ni a Claudel!» (Julien Lanoé, director de La

ligne du Cœur). «No deberías tardar en publicar tu poemario pues van pronto a imitarte». «Tu poema me ha parecido magníficamente hermoso. Te felicito. Bravo. Inmenso Bravo. Es una obra maestra» (Pierre Morhange, director de Philosophies).

La doble ausencia

De los datos biográficos citados hay un primer y fundamental aspecto que debemos considerar en la poesía de Gangotena: el de la doble ausencia. A quienes mucho viajan los hiere el sentimiento de la patria propia, creándosele patrias nuevas, duplicándose o triplicándose lo que los franceses llaman muy acertadamente el mal del país. Es la nostalgia un verdadero desgarramiento de la persona y cuando, como en el caso de Gangotena, la disimilitud de los lugares es grande, no nos extraña que la doble ausencia a que he aludido, se convierta en una desambientación manifiesta y dolorosa, que se trasluce en la obra escrita. El poeta está siempre «tránsfuga» entre... «gentes de otra orilla», y lo reitera, sufridamente :

*«Y añade el corazón desesperado
¡La ausencia!
la ausencia sin límite,
oh, cómo está lejano mi hogar de gloria.»*

El viaje no es sino una variante del mismo tema de la ausencia. A menudo la aventura del descubrimiento le sirve

de pretexto para acercarse o alejarse de un mundo, de una situación, de una idea. Cuando habla del navegante como «almendra del navío», parece que es el pensamiento el que constituye la razón de la aventura. Otras veces, como en «Cristóforo», son los elementos —el aire, el fuego, el agua— los que acompañan la hazaña de Colón. Y el poeta contempla desde su interior terraza, el horizonte que se abre, tentándose, y se cierra, vedándole la esperanza:

*«Oh pupilas sin remedio
apoyadas al vidrio del niño que
bebe en las fuentes
del firmamento.»*

Ambiciones frustradas, deseos contrariados, nostalgias acrecentadas, y al fin, el hombre inconforme no cesa de clamar:

*«Acudid y anclad, ilustres
peregrinos, en el ángulo
de la encrucijada
para vernos pasar a los
hambrientos:
al exiliado, al ángel y al niño.»*

Drama sin solución ni resolución.

El ser, nacido para la temprana muerte, esto es para media vida, no llega a madurar la idea de permanencia; es ser en tránsito, viajero nómada, exiliado de un mundo que desconoce, nunca habitante definitivo, siempre emigrante, siempre sujeto de incertidumbre, y, por desgracia, dueño de «un alma en estado de alma en pena»; como lo describe el ilustre filósofo hispano-venezolano

David García Bacca.

Por un lado, su "Orogénie", la tierra del «nacimiento vegetal de su sueño», la de «la selva ululante», y «las provincias veteadas de oro, donde los tiernos reflejos de los tallos bañan la siniestra somnolencia de las serpientes». Por un lado, «las florestas unánimes en el gozo», «su cuna y su lengua» que han de nutrir su expresión con «la altanera savia del eucalipto». Por un lado, «desde el fondo de las edades y las selvas», «la imponderable cúpula de los Andes» y la flora que le pertenece «por derecho de canto». Y por otro lado le urge «otra comarca del tiempo», donde pueda sentir «la limpidez de las brisas» y encontrar la «albada que cantan los metales» bajo las «melancólicas imágenes del invierno» y reclamar una estancia donde «los múltiples alientos de su alma desamparada», «floten sobre una agua plácida», más acorde con el pensamiento tranquilo, la mente despejada, limpia, desapasionada y propicia al libre transitar de la idea.

Este es el primer desgarramiento, el rompimiento inicial y definitivo. El poeta siente en carne y mente propias semejante cataclismo interior y nunca ha de conciliar la doble ausencia, la duplicada presencia de nostalgias incurables. «Espesos ya los adentros de madurez cumplida», seguirá presa de tribulación, y con «la misma fuerza viva de pasión y angustia», proferirá el



grito: «Dejadme en vilo, cerrado íntimo, sin nexo alguno, en mi soledad creciente de atroz presentimiento».

No esperaba tanto desconcierto el niño que, a los 14 años, en una «Elegía a la Guerra Europea», premiada en un concurso escolar, soñaba con ver liquidado el conflicto mundial que acababa de arrasar el viejo mundo, y expresaba este sencillo deseo:

*«a descansar yo llegue,
de la paz, en su alegre y puro
puerto».*

La sangre proterva

El drama progresa lento hasta invadirlo totalmente. «Creedme, dice, debo soportar muchas palabras y climas, los múltiples alientos del alma desamparada». Ya no es sólo la nostal-

gia como tal. Es una seguridad de sufrimiento, de soledad y lágrimas, hasta convertirlo en lo que el citado García-Baca llamará «una llaga de amor viva», relacionando su cita con la alta poesía de San Juan de la Cruz y parodiándola justamente. La enfermedad lo atormenta y aniquila. La alergia y la hemofilia incurables minan su piel y el poeta cree que se le emponzoña y envilece la sangre. «Sangre proterva de mi muerte», le apostrofa y siente un constante y doloroso golpear de las sienas: «Mis arterias, en la noche de mi cuerpo se acrecientan de agonías». No es solamente la enfermedad física; es más aún, una enfermedad secular y ancestral, con sus «desencadenados vientos de abolengo», la que le hace sentir la agonía en vida muy cerca

del presentimiento de la muerte.

Dos soluciones frente a tal estado psicológico. Por un lado, la maldición, el improperio. Y, por otro, la vista al cielo, la oración, la imploración.

Una voz semejante a la de Lautréamont, tal vez más aniquiladora, aunque menos cruel, surge sin compasión para sí y elimina en cada frase la esperanza:

*«Maldito aquí y en todas partes
maldito, no tengo
ciencia ni esperanza de evasión.
Oh tierra yo me anuncio a ti:
El resto de mi vida sorda y secreta,
la consagraré a
cultivar metódicamente el rencor
y el desprecio hacia
todo lo viviente».*

Espíritus de esa naturaleza no pueden orar; están más acordes con el grito, con la imploración. De ese temperamento surgirá uno de los mejores poemas, el octavo de «Ausencia»:

*«Golpead, golpead.
Mientras este cuerpo viva
traicionado y sucio en
todas sus venas.
Golpead, golpead, se os dice,
golpead más fuerte
todavía.
¿Tendremos tiempo para la
plegaria?
Ciertamente.
Y será tal vez así mejor, de rodillas
y contra
las piedras.*

*¡De rodillas, de rodillas!
Mientras perdure el duro y
enceguecido cielo.
¡De rodillas!
¡Profundamente!
¡Profundamente como vosotros en
mi carne,
vosotros las espinas y los clavos!
¡De rodillas, de rodillas! Como
esas llamas
cargadas de amor y de sangre
que se quiebran en las florestas.
De rodillas, vosotros todos,
arraigados
y perdidos en la tierra.
De rodillas vosotros los ángeles,
¡Vosotros, los montes y los lobos!
¡De rodillas, de rodillas!
Mientras nos quede la sorda
esperanza».*

No se puede decir que Gangotena sea un poeta místico en el sentido en que lo fue Péguy. Más bien deberíamos hablar de un poeta de sensibilidad católica, de un lírico-católico similar a Claudel.

Flouquet, el escritor belga, le escribe en el año 1938: «Yo le ruego tome el lugar que reclama entre los grandes poetas católicos modernos». A cada instante se repiten en la poesía de Gangotena las alusiones cristianas: Pentecostés, Epifanía, Cuaresma, Cáliz, Eucaristía. Parece como que tuviera una especial devoción al Espíritu Santo, fuente de sabiduría. En Pentecostés ve a menudo un símbolo particularmente grato a su temperamento:

«La imagen del Espíritu Santo se inflama.

Sus bondadosas alas de amor penden de las extremidades del dintel,

y las umbelíferas sombras de miel me abrazan y me penetran.

La paloma alcalina me inunda con su luz fundamental».

Como tú, pequeño Blas

Acaso, como dirá Max Jacob, era un verdadero «favorito del Espíritu Santo», ya que de no serlo, no podía comprender el gran poeta católico la rapidez con que Gangotena asimiló el francés hasta el extremo de ser, a los 19 años, apenas a dos de su llegada a París, uno de los más notables poetas jóvenes.

«No se leen sino sus versos, le dice Max Jacob, y usted no nos deja tiempo de expresar nuestra admiración anterior que ya la aumenta con alguna nueva maravilla».

La poesía de Gangotena, a fuerza de recibir la influencia de sus estudios es, desde el comienzo, poesía sabia y erudita y va volviéndose cada vez más profundamente filosófica y científica.

Los «números arrinconados en el golfo de su pensamiento» tuvieron, luego de largas veladas de estudio, su compensación: «Heme aquí maestro de la sintaxis y de la escala del arquitecto». «Yo os confieso, la regla T es mi picota y conozco de memoria las ecuaciones de to-

das las curvas siderales». Y más allá, en su poema «Cuaresma», sintiendo en el alma el eco de su fuerza profunda, probablemente la de su pensamiento cada vez más rico en saber, en ciencia y en prestigio, ha de hacer esta elegante confesión:

«Oh Pascal

El espíritu de aventura y de

Geometría

me aprisiona en alud

Y acaso yo no soy sino el acróbata

sobre las geodésicas y los

meridianos.

Pero, como tú, pequeño Blas,

antaño,

de espaldas bajo las sillas, estoy

royendo

con gran estrépito los travesaños».

«Qué dificultosa, complicada, enigmática, tiene que hacerse al poeta Alfredo Gangotena su propia vida», dirá, una vez más, David García Bacca, «pues tiene que vivir con cuerpo en carne viva, con alma en estado de alma en pena, y todo ello revuelto, amasado, transido de Matemáticas, de Física, de Minas, de Geología, de Mineralogía, de Francés, de Español, de americano, de ecuatoriano».

Y es de ese «caos primigenio», de ese «amasijo bullente», que ha de brotar, progresar y culminar la obra, dejándonos un bagaje impresionante de calidad y de canto. Pero por buscar la «perenne luz», ha de encontrar «su propia luz endurecida», que será su tormento y su tribulación.

El cerrado íntimo

Esa soledad extrema ¿procede de un exceso de individualismo? ¿Es tal vez éste el mayor reproche que se puede hacer a Gangotena? ¿O son las circunstancias de la época en que vive, plena de tendencias estéticas individualistas, las que determinan esa característica? Sus amigos sienten que así es y lo dicen:

*«Nunca has creído en otra cosa
que en la gracia,
Nunca has pensado en la justicia,
Nunca pensaste en los hombres».*

Así le llama la atención Morhange y le aconseja: «Lee la Apología de Sócrates, de Platón; lee asimismo, a pesar de la antipatía, Europa y América, de Trotski; ensancha tu horizonte humano». Y Max Jacob, le recomienda en una hermosísima carta: «Piense mucho en la humanidad y, cuando escriba, sus escritos guardarán, sin que usted lo note, un precioso reflejo de su pensamiento» ... «Reflexione sobre la vida, sobre las gentes, reflexione en las grandes leyes de la humanidad, de la pasión, del corazón y del cuerpo».

Es indudable que Gangotena no escucha esos consejos. Se sume en un mundo interior demasiado estrecho, en su «cerrado íntimo» y a la vez que evita que su sufrimiento llegue a otros, no les permite compartir su destino; pero, al mismo tiempo, se inhibe de conocer la preocupación ajena.

¿Egoísmo, egolatría? Más bien in-

troversión, timidez frente al mundo y a los hombres. De no ser así, no se podría comprender cómo, aun frente a la fama y a la vanidad, se mantiene en un conmovedor retraimiento. Los amigos, célebres ya, le reclaman responder a sus cartas; los editores le urgen el envío de sus poemas, y él parece temeroso frente al éxito y resistente a la gloria. No edita, reedita, publica, divulga y paga su fama. Se esconde pudoroso, y a su muerte, solamente los papeles testimonios aparecen, como retardando el renombre y la consagración.

Por todos los caminos, su noble espíritu atribulado ha de llegar al dolor y a la muerte: por el del permanente exilio; por el de la enferma naturaleza y la corroída sangre; por el del pensamiento, siempre alerta al saber y siempre insatisfecho.

El derecho del canto

No se trata, sin embargo, de un gemido temeroso, sino de un lamento telúrico, bíblico, con toda la fuerza de voz que pueda darle el idioma. Pocas veces se ha de encontrar semejante acento, semejante aliento. Su queja es un grito dolorido, una imprecación. Es, en definitiva, canto; más aún, himno de aflicción, voz de campanas y de aludes. Citaré una frase de Claudel: «aun para el simple vuelo de una mariposa, el cielo entero es necesario». El lenguaje, como instrumento, se hizo para hacerse oír, y la naturaleza toda

entra con fuerza de cataclismo, en el verso de Gangotena. Su canto «se unifica en la abrupta resonancia de las piedras que miden el abismo». Cuando su palabra es mística, evoca «el canto eucarístico de la cal». Y cuando piensa en la selva americana, profiere el canto «de una luminosa madrugada a los bordes pomposos del ramaje», y asegura que es suya la floresta «por derecho de canto».

Así como abunda en el mundo de Saint-John Perse el motivo del mar, abunda en Gangotena el de la montaña; más precisamente, el de su montaña, los Andes, que inspiran tantas «palabras concretas de magnificencia», y esos «gritos, tan altos, como pitanza de las águilas».

*«Mi cuna y mi lengua, a vuestra guisa, están lejos, en la cima de los Andes
Bajo la herrumbre, abrazad las delicias del hierro.
Me está despejada la ruta por este plumón astral, sin fibras en el torbellino de los hielos.
Oh púrpura eclosión del vacío, oh tierras de América.
Rocas, como esos frutos madurad, rocas, bajo la luna, Señor, me ha retornado la locura.
Los Andes, desde el fondo de las edades y las selvas
Los Andes, exhalan un febril y pestilente vapor,*

*poblado de insectos.
El firmamento me circunda,
el firmamento me golpea en cataclismos de ceniza y de sal.*

Voces como piedras gruñen como la luna.»

Voz incomparable en alientos, que se extiende hacia todos los ámbitos de la naturaleza, a través de los elementos, del aire, del fuego, de la piedra y del viento.

Los desencadenados vientos de abolengo

Tiene el poeta una singular idea sobre el poder del viento, un concepto extraño sobre su importancia frente al hombre y a la naturaleza.

*«Viento primordial de la selva transparente
el viento central me ofusca por la pertinencia de sus golpes
un viento secular se me inflama en la sienes
mis labios vibran en las cenizas de otros vientos
los lechos sonoros del viento alisio
Olvida, viento, mis desgarradas palabras
Que el viento iracundo sepa librarne de toda angustia ...».*

Poder de devastación y muerte, poder de perdón y olvido, poder de vida y armonía, se le acuerdan a este elemento que tanto seducirá también a Saint-John Perse. Y la voz misma del

poeta ha de ser como un viento que arrastra consigo la naturaleza entera y al hombre, en cuerpo y alma.

No podía esperarse otra cosa de quien escoge la naturaleza para llegar a la poesía. ¡Cómo desprenderse de la propia voz! Cómo negar su auténtica resonancia. Cómo impedir que invada hasta el tuétano de los poemas, esa música de campanas, ese ritmo de trueno, esa luz de relámpagos y tolvaneras!

«¡Vientos replegaos!

Me duele, vientos, escuchar la quejumbre de esta voz a través de los días de inmensidad.

La disciplina nos rodea como las cortezas superpuestas de los árboles y los océanos de arena en la estameña de los huracanes.

Y largos, maléficos y gimientes en los surcos nocturnos del mundo, los desencadenados vientos de abolengo, conjunción labial, propia para aguzar la última y pulmonar punta de mi angustia.

¡Oh fronda en el viaje! huracán, huracán, vuelvo a encontrarte, oscuro eco de mis venas abatidas, eco sideral de mis lágrimas en la noche».

Oh, cuerpo femenino

El poeta no podría mantener su vigor si no tuviese sus momentos de ternura. Entre aquella casi continua violencia que determina la poesía de Gangotena, aparecen instantes de calma infinita, en los que, lejos momentáneamente de la épica predominante, sueña y respira.

Encuentra el oasis apetecido en la mujer: madre, novia o esposa, y nos confiesa este descubrimiento, esta transición de lo telúrico a lo tierno, a lo amable, con palabras inimitables:

«¡Oh cuerpo femenino a cuya entrada se extasían las tormentas, los ciclones!»

El sentimiento de amor, probado en el sufrimiento, se vuelve indispensable a la existencia poética de Alfredo Gangotena.

«Aunque las frondas del relámpago estallen No podréis jamás apagarla Cielos tristes y sombríos cielos jamás apagar esta llama de amor que canta dentro de mis ojos».

Amor de la madre, ante todo, como un intermedio de paz en el torbellino de una mente tempestuosa y casi caótica:

«El colibrí que horada el éter de las noches, Me habla de mi santa madre que sufre por nosotros muy lejos atrás de los océanos».

Y luego, amor de la novia, de la esposa:

«Oh mujer, vengo a mitigar y
 aplacar mi angustia
 en las querencias de tu inocente
 claridad.
 Yo te imploro, mujer dulce y
 bienamada
 Oh reina más allá de los mares, en
 las provincias de hojas y
 lagartijas.
 ¡Recuerda, esposa mía, que no
 podré nombrarte en mi
 lento infortunio!
 Porque me apesadumbro y la
 tristeza me vela
 Eternamente tus manos.
 Un ángel de amor fulgirá en la
 amorosa ruta
 De mis miradas.
 Recuerdo el cuerpo jadeante y
 húmedo de una mujer
 Entre mis brazos.
 Oh noche, yo recuerdo
 he conocido antaño, al claror de
 los astros.
 Su cuerpo estibado a la orilla
 de las llamas, estrechándome en
 mi fluida eternidad".

Páginas, se diría, bíblicas, inflama-
 das de ternura y pureza infinitas y de
 una nitidez amorosa, no por ello me-
 nos apasionadas, que se incluirían con
 derecho en el Cantar de los Cantares.

La voz de noche oscura

Y el canto continúa. Sea en forma
 de elegía y lamentación; sea en trance
 de tormenta o improprio; sea como

poema de amor.

Gangotena confirma, a través de
 toda su obra, su calidad de cantor; el
 uso admirable de la lengua, como no-
 ble instrumento de ritmo; y el ritmo
 interior mismo, como fuente y origen
 de poesía, se confunden y comple-
 mentan, para darnos la impresión de
 una «voz de noche oscura», de piedra
 que «gruñe bajo la luna», y para entre-
 garnos «esa palabra vindicativa y car-
 gada de la savia de la adormidera», o
 «esa gama inmaculada de vocales».
 «Les plazca a los ángeles que llegue es-
 ta corriente de inmensidad», nos afir-
 ma; y es indudable que se trata de una
 voz cercana al cielo por alta, noble y
 definitiva.

Hago mío este comentario de
 Humberto Vacas Gómez en un magní-
 fico estudio consagrado a Gangotena:
 «Su obra tiene tal vértigo cósmico, tan
 proteica naturaleza, tan convulsiona-
 do éxtasis, tan arrebatada orquesta-
 ción, sólo posible en un ser nacido y
 nutrido en un continente en el «tercer
 día de la creación».

Debo soportar muchas palabras y climas

Me permito aquí, una digresión fi-
 nal: alguien criticó a Gangotena por
 haber escrito en francés siendo ecua-
 toriano.

Sería de preguntarle si interesa que
 Supervielle lo haya hecho, a pesar de
 haber nacido en Uruguay; o si importa

a la poesía mundial que Heredia, nacido en Cuba, haya escrito en francés. O que Montalvo haya soñado en poder hacerlo.

La lengua es una circunstancia contra la que nada tiene que ver el individuo. La expresión en sí cuenta y pesa en cualquier idioma. Y son poetas nuestros, por ser universales, Borges, Rilke, García Lorca, Claudel, Vallejo o Maiakovski, Gangotena o Whitman.

Lo son porque su canto, venga de donde venga, llega al corazón de los hombres, penetra en su sensibilidad y deja la huella amable del manjar lírico, o la huella apremiante del grito épico.

Porque sus frases acompañan al esteta y al obrero, al guerrero y al sa-

cerdote, a la mujer y al niño, que muchas veces las musitan sin saber si quiera de dónde provienen.

«Señor, la noche grande que yo espero».

Así se expresaba, austero y altivo, el poeta, muy cerca de la muerte. De su muerte física, de su paso hacia el más allá, una vez terminada su permanencia transitoria en una vida en la que sólo sentíase huésped, viajero y exiliado.

Ahora «el mar y el espíritu juntos se han disuelto bajo la luz».

Y la poesía de Gangotena, más firme y actual que nunca, permanece en el espacio y en la gloria con un halo de «perenne luz».